

OBRAS ESPIRITUALES
DEL
PADRE MAESTRO

SAN JUAN DE ÁVILA

Predicador en la Andalucía

TOMO SEGUNDO

Segunda Edición

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-676-2

Depósito legal: M. 40.392-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

PARTE PRIMERA

1.—A UN PREDICADOR (1).

De la alteza a que los tales son levantados, y de cómo se han de haber con Dios y con las almas; de lo mucho que le han de costar, y del ánimo que para ello han de tener.

CHARISSIME :

1. Dos cartas de V. R. he recibido, en las cuales me hace saber el nuevo llamamiento con que Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya: *Sit ipse benedictus in saecula*, que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa a una cosa tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre a que sea órgano de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo Hombre fué el primero en quien este espíritu lleno, y vivificativo de los oyentes, se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios, y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado (*Isai.*, 9) *Pater futuri saeculi*. Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo Él Hijo, y sacerdotes siendo Él Sacerdote, hízonos Él siendo gracioso, graciosos (2); Él, amado y bendito, semejables a Él; y siendo heredero del reino del Padre, somoslo nosotros también en Él y por Él, si estamos en gracia (*Rom.*, 8, 29); así, porque no quedase

(*) Es reproducción de la Primera Parte (primer tomo) del Epistolario de 1578.

(1) *Predicador* es para el Maestro lo mismo que misionero y Padre espiritual.

(2) *Graciosos*: gratos, agradables.

en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo Él espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida a los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazón, *linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lapsus est verbo* (Isai., 50): quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos, para que, a gloria suya, puedan gozar del título de Padres del espiritual ser, como Él es llamado, según que San Pablo osadamente afirma (1 Cor., 4, 15): *Per Evangelium ego vos genui*. Quiere el amado San Juan (1 Jn., 3, 7) que veamos *qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus*. Razón es que con ella agradezcamos y seamos Padres de los hijos de Dios; y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres.

2. Debe, pues, V. R., para el oficio a que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre común; y en el espíritu de Padre para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel, buscando en todo y por todo la gloria de Él, renunciando y abjurando *ex toto corde* la propia, diciendo con José (Gen., 39, 4): *Todas las cosas que mi Señor tiene, me dió en las manos, salvo a ti, que eres su mujer*. La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno (3); que si a otro la queremos dar, ¿qué cosa más mal casada ni mayor adulterio, que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales sea aposentado Cristo, y nosotros olvidados, porque más se acuerden de Él, salvo en cuanto Él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen a Él Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse, a, con palabras y obras, publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí otro descanso, sino cuando le hubiere hallado algún lugar, en el cual, como en templo, sea adorado, y reverenciado, y amado;

(3) *Son para en uno*: para esposo y esposa.

como el único y natural Hijo, que al cabo de esta jornada, notificó a lo que había sido enviado y lo que había hecho en toda su vida (*Jn.*, 17, 6): *Pater manifestavi nomen tuum hominibus*. Y no dió sueño a sus ojos ni entró en el descanso, hasta que halló descanso para el Señor, y morada para el Dios de Jacob (*Ps.*, 131, 3-5). Esta reverencia y celo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo.

3. Teniendo, pues, *el espíritu de su Hijo* para con Dios, *con el cual* (*Rom.*, 8) *clamamus: ¡Abba!* (*Patcr*); teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios, como un hijo fiel para con su padre; resta pedirle el espíritu de padre (4) para con sus hijos que hubiéremos de engendrar. Porque no basta para un buen padre engendrar él, y dar la carga de educación a otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada. Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios, y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte, que yo no sé libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor que Él pone en un hijo suyo con otros hombres, por extraños que sean: y ¡qué digo extraños!; ámalos aunque sea desamado; búscales la vida, aunque ellos le busquen la muerte; y ámalos más fuertemente en el bien, que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado; y por eso mayor amor pone a los espirituales padres, que el pecado puede oner desamor a los hijos malos. Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos, que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne. Y también este cuidadoso amor

(4) *De padrc*: así las ediciones de 1578, 1588, 1595, etcétera; LA LECTURA, del padre. La puntuación de LA LECTURA descoyunta horriblemente esta cláusula.

del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo (5) él en su corazón, tan pequeño y miserable, y tan inclinado al propio provecho, arder un fuego vivísimo, y muy más fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte, para con los otros, parecele que más arderá el fuego de amor en el corazón bueno de Dios, cuanto va de bondad a maldad, y de fuego a frialdad. Y muy necesario es que quien a este oficio se ciñe, que tenga este amor; porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, no se podrían llevar como se deben (6), sino de corazón de padre o madre, así tampoco los sinsabores; peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase.

Con atención y casi sonriéndome leí la palabra que V. R. en su carta dice: que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum inexpertis*. El engendrar no más confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él; porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. A llorar aprenda quien toma oficio de padre, para que le responda la palabra y respuesta divina, que fué dicha a la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: «Hijo de tantas lágrimas no se perderá.» A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres; y no una sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida a sus hijos, como suelen hacer los padres carnales.

Y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿qué piensa, Padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver

(5) *Viendo*; LA LECTURA, *siendo*.

(6) *Como se deben*: así la edición de 1595; la de 1578, como se deben llevar.

ser otro más amado, o que parece serlo, que ellos? ¿El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales, por descender a dar sopitas al niño? Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa. Y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito, ha de jugar con él y reír, como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrupulos, con otros mil cuentos (7) de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¿Qué vigilancia para esto: bar no vengan a ellos! ¿qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados! ¿paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo! ¿qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran! Porque si se mueren, créame, Padre, que no hay dolor que a éste se iguale; ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre (8). ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren, otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó; su nombre sea bendito (Job, 1, 20)*. Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra de Dios, y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese. Cier-to, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento, y bien de todos los otros.

(7) *Cuentas*: millones.

(8) Este corazón tenía el M. Avila para con sus hijos espirituales. (Véase la Carta 177.)

Por tanto, a quien quisiere ser padre, conviéndele un corazón tierno, y muy de carne, para haber compasión de los hijos, lo cual es uy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar; lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él (*Lev.*, 10, 19): *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* Acá, Padre, mándannos siempre busquemos el agradamiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros.

De arte, que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste: y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo, y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía (*1 Tesal.*, 3, 8): *Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor.*

4. Razón es que diga a V. R. algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con esto daría yo por bien empleados mis yerros.

Sea el primero, que no se dé a ellos cuanto ellos quisieren, porque a cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos. No los enseñe a estar del todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir a hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allí habían de estar. Y tenga por cierto que muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espirituales Padres,

no tienen más raíz en el bien de cuanto están allí oyendo; y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento a su padre, y no crecen ellos cosa alguna. Tienen también esta condición: que en cualquier tribulación que les venga, luego corren a sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí; y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos mas decirles que vayan delante nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicación con Él, que es el mejor de los tiempos; y para que le oigan con atención les envía Dios la pena, no para que se vayan a consolar con los hombres, y pierdan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre a Él en el tiempo de las tribulaciones. La suma de esto es, que les enseñe a andar poco a poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tengan algún nervio de virtud; y no se dé él tanto a otros, que pierda su recogimiento y pesebre de Dios; porque más provecho hará con hablar un poco, si sale de corazón encendido, que con derramar palabras frías acá y acullá. El medio en esto pídale a su conciencia, mirando que no se enfrie; y lo que mejor es, pídale al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo.

Item, no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando en general como se remedie, así como ordenando esa cofradía o cosas semejantes, y con eso cumpla; y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse a él, ni esperen de él favor temporal alguno; porque si en esto no mira, le será grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el Concilio Cartaginense IV (cap. 17), donde se dice: «El Obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos, sino por el Arcipreste o Arcediano»; y dijo abajo (cap. 20): «Que solamente entienda en la lección y oración, y palabra de predicación.» Ruegos de jueces o de personas a quien se debe algo, porque suelen o esperen, huya de ello; y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta en que lo

ruegue con toda modestia. Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose cómo el Señor daba en rostro, diciendo (*Jn.*, 6, 26): *Buscáisme, no por las señales que visteis, mas porque comisteis y os hartasteis*. Esta regla tiene excepción. Si supiere de alguna particular necesidad corporal, de la cual pende cosa del ánima, entonces puede entender en ella; lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas.

No descubra a hijos secretos particulares de la comunicación de Dios consigo ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara; si no fuere cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar.

No les suelte la rienda a comulgar cuantas veces quisieren; que muchos comulgan más por liviandad, que no por profunda devoción y reverencia; y acaece a éstos venir a estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la Comunión, y esto es grande daño, y se debe evitar. Téngalos siempre debajo de una profunda reverencia a este misterio; y al que sin esta viere, repréndale, y quítele el pan hasta que mucho lo desee, y se conozca muy indigno de él. Al vulgo basta comulgar tres o cuatro veces en el año; a (9) los medianos nueve o diez veces; a las personas religiosas de quince a quince días y si son casadas se puede esperar a tres semanas o un mes; y a los que muy particularmente viere tocados de Dios y se conociere casi a los ojos el provecho, comulguen de ocho a ocho días, como aconsejó San Agustín. Y más frecuencia de esta no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, o alguna extrema tentación o necesidad que otra cosa aconsejase; en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto (10). Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio más que de ocho a ocho días. Y San Buenaventura dice que en todos los que él conoció, no halló quien más a menudo de aqueste término lo pudiese recibir. San Francisco de Paula, primero confesaba cuatro o cinco veces en el año; después de muy santo, cada domingo. Aprendan, en pago

(9) a; LA LECTURA, c.

(10) Ahora debemos atenernos al espíritu de la Iglesia sobre la comunión frecuente y aun diaria.

de aquella celestial comida, hacer algún servicio a nuestro Señor, o en ir quitando alguna pasión cada día, o en otra cosa alguna que corresponda a cada vez que comulgare; que allegarse a los pies del confesor y luego al altar, tornarse ha en tanta costumbre a algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquello, que aquel ratito que están allí.

También me parece cerca de esto, que V. R. no curase de confesar ordinariamente, porque hay algunos peligros en ello, que quizá le turbarán; y porque será tan combatido, que no tendrá tiempo para entender en lección ni oración, lo cual conviene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido. Si alguna cosa quisieren de él, dígaless que le digan aquello particularmente, y respóndaless a ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesión, y no cae hombre en ello (11) hasta que ha perdido el tiempo; y dígolo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros, para contar una cosa o escrúpulo, piden confesión; debe decir a éstos: «Mirad si alguna cosa particular me queréis decir que no la fiáis de otro, u os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesión no faltará con quien se haga.» Y es buen proveimiento tener hablado a algunos confesores, y platicado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean a una, y enviar a aquéllos los que vinieren a pedir confesión, diciéndoles: «Yo os daré quien os confiese mejor que yo.» Y es bien tener tasa en el negociar (12), porque si a cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáleless a la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avise al portero que les diga que vengán a sus horas.

Item, conviene mucho, a los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio; porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten, y quedan por esto vacíos; porque, como dijo San Bernardo: «El más apto instrumento para vaciar el corazón es la lengua.» Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que Nuestro Señor les ha dado, porque ya sabe el proverbio que

(11) *No cae hombre en ello*: no cae uno en la cuenta.

(12) *Negociar*: aquí es iratar con los prójimos.

dicé: «Hablar como muchos, y sentir como pocos.» Y de no guardar este proverbio, se sigue, o que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo y derribanlo por impaciencia, o alábanlo por santo y derribanlo con mayor caída (13). Y, por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente. No se hagan luego maestros queriendo predicar a los otros. No piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla como dice San Pablo (*Filip.*, 2, 12), *con temor y con temblor*, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que cada uno tiene, y en qué parará. Finalmente, les haga vivir *in timore Domini*; y coman su pan en silencio; y si algún poquito de liviandad, de soberbia viere en ellos, repréndaselo gravemente, conforme al soberano Maestro, cuando a los discípulos que se gloriaban, dijo (*Lc.*, 10, 18): *Videbam Sathanam...*

5. Las recetas generales que se deben dar a los que quieren servir al Señor, demás de las dichas, son cuatro.

La primera, que frecuenten los Sacramentos de la Confesión y Comunión, como es dicho; y para bien se confesar, hanse de examinar cada noche lo que han pasado aquel día, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principalmente a la memoria para brevemente confesar.

La segunda, que sean muy amigos de la lección; porque según la gente está durísima, esle muy provechoso leer libros de romance. Libros que son más acomodados para esto: PASSIO DUORUM (14), CONTEMPTUS MUNDI (15), LOS ABECEDARIOS ESPIRITUALES (16), la SEGUNDA PARTE y la QUINTA, que es de la oración. La

(13) Véase el Tratado del glorioso San José.

(14) PASSIO DUORUM: *Tratado de devotísimas y muy lamentables contemplaciones de la Pasión del Hijo de Dios y de la Compasión de la Virgen Santa María su Madre; por esta razón llamado Passio Duorum*. Obra anónima que Nicolás Antonio atribuye a Fr. Francisco Sánchez del Campo, franciscano. (Véase Catalina García. Tipografía Complutense n. 546.)

(15) CONTEMPTUS MUNDI: título con que era nombrado el libro DE LA IMITACIÓN DE CRISTO.

(16) ABECEDARIOS ESPIRITUALES, de Fr. Francisco de Osuna.

TERCERA PARTE no la dejen leer comunmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos. Los CARTUJANOS (17) son muy buenos; *Opera Bernardi*, CONFESIONES de San Agustín.

La tercera cosa es la oración, en la cual es menester mucho tiento, porque no se torne (18) en daño lo que Nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis* (19), les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana, y otro a la tarde o noche, y recen algunas oraciones vocales a las cinco Llagas, o algunas horas. Después de rezar, lean un poquito en cosa que sea conforme a lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la Pasión repartidos para cada día de la semana, lo cual es buen orden. Y si quisieren hoy pensar en el Huerto, lean en aquel paso; y aunque no lo lean todo, no hace al caso, que otra semana pasarán a otro poco, y así a los otros pasos; que con leer, recógese el corazón y caliéntase algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditación; que de otra manera pasan grave trabajo, si no hace el Señor merced particular. Y después de haber leído, mediten un poco por la mañana en un paso de la Pasión con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando (20) a los pies del Señor, y esperando su limosna y misericordia. Y sobre esto, oigan Misa, pensando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde o noche recen otro tanto, y lean, y después piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el juicio del Señor; y acúsense, y avergüéncense, y afréntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes; y pongan a una parte los bienes que han recibido y a la otra los males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad. Y allí pueden pensar un poco en el infierno, y reprenderse de las faltas aquel día cometidas.

(17) Los CARTUJANOS: véase el AUDI FILIA, c. 74.

(18) *Se torne*: así las ediciones de 1588 y 1595.

(19) Más cumplidamente se explica este punto en el AUDI FILIA, caps. 58 y siguientes.

(20) *Acatando*: mirando con los ojos bajos; reverenciando.

Todo se ha de hacer con el más sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tar ocupados en hablarlo todo ellos, que calle Dios. *Intellige quae dico, dabit enim tibi Dominus in omnibus intellectum* (2 Tim., 2, 7). Avisenles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciban; y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algún bien. Algunos hay a quien Dios toma los corazones, y obra en ellos, que no es menester sino recogerse a Dios, y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buencs y comunicación de Él, que no han menester sino seguir ta guía. Otros hay tan rudos, que no es menester imponerlos en más que rezar y leer. Entre día encomiende que piensen o en la presencia de Dios, o en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditación se ha de hacer, no llevando la imaginación a partes lejos de sí, sino dentro de sí, o a par de sus pies, porque es cosa más descansada, y más provechosa, para arraigarse en el corazón.

La cuarta cosa es, que entiendan en obras de caridad, cada uno según pudiere; quien pudiere dar limosna, asa consejo, no deje nada por hacer, que aunque algún poco el ánima se distraiga, no cure de ello; ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en acción exterior. Alguna penitencia, especial si son mozos. La unión del Espíritu Santo le enseñará, etc.

6 En lo que me manda que le diga algo de los libros que ahora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de se la enviar. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la *Summa de vitiis et virtutibus*, de Guillermo Parisiën.

Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuántas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que éstas; sino yo atrevíme a decir los males en que yo he caído, para que haya compasión de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho. y dé a V. R. gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá.

7. Olido he de su carta que el mundo le es contrario; no le pene ni poco ni mucho; tenga por averiguado que hallará a Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba. Ne-

gocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga Él sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor, como en la vocación y justificación y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo o no, los que Dios tiene determinado que, por instrumento del pobrecito predicador, se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío a contradecirlo. Cobre, Padre, un ánimo grande para mandar de parte de Dios al cielo si es menester. Todas las cosas crió Dios por causa de los escogidos, y la salud de éstos nos encomendó Él en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos a colocarlos en el cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios a éstos, que *ab aeterno* para sí escogió y amó. Ordene bien lo que ha de hacer, ejecute con toda osadía, y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado, y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de la suya, que era la empresa que pretendían. Asiente en su corazón las palabras de Cristo (Lc., 14, 4): *Dico autem vobis amicis meis re terreamini ab his, qui occidunt corpus*, etc. Y sepa, que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvación de nuestras almas, es tan grande cuanto no se puede hablar ni pensar.

Christo gloria et imperium in saecula saeculorum
Amén.

2.—AL P. FRAY ALONSO DE VERGARA (1), PREDICADOR.

Consolándole en una persecución; enséñale la confianza en Dios, y los medios para entender la Escritura.

CHARISSIME :

1. A quien desea saber qué cosa es el hombre cuando Dios le ayuda y regala, enseñaríale yo una carta de V. R. que los días pasados me envió; y a quien quisiese conocer la flaqueza del hombre cuando anda por sí, enseñaríale esta que ahora me envió. ¡Oh válgame Dios y cuán de verdad es Dios

(1) Así consta por una copia antigua que se halla en la biblioteca de El Escorial. Los impresos dicen: «Para un religioso predicador».

nuestra gloria, y el que levanta nuestra pesada cabeza (Ps., 3, 4), y la salud de su pueblo, y la lumbré de nuestro rostro, y el báculo de nuestra vejez, y todo nuestro bien! ¡Y cuán grande abismo de miseria es el hombre, y cuán pocas (2) cosas lo derriban, y cuán presto se muda, como una flaca ceniza delante de un viento! La letra de sus cartas es una; la firma, un hombre suena; mas ¡oh poderoso Dios, y qué va del fulano de la una al fulano de la otra! ¿Quién dirá que es todo uno el hombre que en una no echa menos a nadie con el favor y regalo de Dios, y en otra le da el agua hasta la barba, y a peligro de se ahogar? Es en la una, llevado por la mano de Dios, y enseñado familiarmente de su santa voluntad; y en la otra parece que duda de lo que su misma conciencia y Dios le han enseñado, y anda como a tientaparedes aun en la luz del mediodía. ¿Que diré sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?

2. Pregúntame V. R. si pienso que vive, o si le cuento por uno de los muertos (3), pues no le escribo. Respóndole que no le olvido; mas guardaba mi carta para este tiempo, porque en el otro no era menester. San Antón se quejó de nuestro Señor porque en el tiempo de la batalla no veía a nuestro Señor; y respóndele que allí estaba; mas estaba mirando cómo peleaba para hacerle reinar. ¿Pensaba V. R. que no había de andar a solas sin carretilla, y sin que mano ajena le tuviese por la suya? ¿y cómo, Padre, había de aprender a andar? ¿Todo había de ser comer manjar de niños, papitas y leche? ¿Cómo había de ser perfecto varón? ¡Oh Padre mío! y si no fuese porque veo a V. R. penado, y ¡cuán de buena gana, oyéndole quejar y temblar, me reiría yo, como quien oye a un niño llorar y temblar, porque le han asombrado con un león de paja o con una máscara!

3. ¿Qué ha Padre? ¿que ha? ¡Así se le ha olvidado lo que dijo Moisés, siendo rogado que sacrificase al Señor en Egipto, y no se fuese al desierto, dejando a los gitanos! Quiéroselo acordar: *Abominationes Aegyptiorum immolabimus Deo nostro; quod si macta-*

(2) *Pocas*: pequeñas.

(3) *O si le cuento por uno de los muertos*: falta en LA LECTURA.

verimus ea quae colunt Aegyptii coram eis, lapidibus nos obruent (Ex., 8). Pues si V. R., con la fuerza de Dios, ha muerto lo que los mundanos adoran, y esto delante de ellos mismos, ¿espántase que lo quieran apedrear? Ellos adoran honra, juicio propio, espíritu propio, duplicidad, tibieza, propio amor y propia fucia (4), *et alia idola similia his, quae a Moyse abominaciones vocantur, id est, a lege Dei. Tu autem homo Dei non idola vana, quae salvare non possunt, sed ipsum qui vere adorandus est, adorasti. ¿Qué maravilla, que haya contienda donde tanta diversidad de pareceres y fines hay? Mas esta contienda levántanla los hijos de ella, y súfrenla los hijos de la paz; los unos mordiendo como canes, y los otros sufriendo y orando y amando como corderos; sed Christo duce, vencerán los corderos a los perros, y aun a los lobos; que para eso los envía Dios tamquam agnos inter lupos* (Mt., 10, 16).

4. Gran enojo tomaron los reyes comarcanos a Gabaón porque los de aquella ciudad se habían confederado con Josué, capitán del pueblo de Dios; y por el mismo hecho *se juntan cinco reyes* a pelear contra ellos; porque les parecía gran pérdida perder una ciudad tan grande y real, y que se acrecentase aquel favor y gente a Josué su enemigo (Jos., 9). Y así han hecho los demonios y mundanos con V. R., viéndole darse a Jesucristo capitán enviado por el Padre para meter al pueblo de Dios en el cielo prometido; y lloran amargamente, y páranse a contar las calidades del que han perdido, como con ellas se le acrece mucha ganancia al partido de Jesucristo; huelen ya la fuerza que Dios le ha dado para herir corazones con (5) la palabra de Dios, y lloran llanto doblado (6) por lo que ellos pierden y Jesucristo gana. De aquí es la contradicción en todo y de todos; de aquí el combate de *los cinco que a una se juntan*, y con una voz dicen lo que dicen, y hacen lo que hacen. Mas si el combatido enviare mensajeros a su capitán, de devota, humilde y perseverante oración, como lo enviaron los otros a su Josué, vendrá a él Jesucristo, y hará que venza a sus contrarios, y que *les ponga el pie sobre la cabeza*, porque hará que desprecie lo que

(4) *Fiucia* la edición de 1595; la de 1578, *fucia*.

(5) *Con*; así la edición de 1595.

(6) *Llanto doblado*: LA LECTURA, tanto doblado.

ellos hablan; y meterlos ha en la cueva con una piedra a la puerta, para que viva sin miedo de ellos.

5. ¿Por ventura es V. R. el primer atribulado porque se pasó a Cristo? ¿o será el primer desamparado de los que padecen por Cristo? ¿No ve, Padre mío, que la causa por que somos perseguidos no es nuestra, sino de Dios? ¿No ve que le va a Él la honra en ella? Dígame, ¿por qué antes tenía tantos pacíficos, y ahora tantos contrarios? *Numquid quia Christo Domino adhaesisti?* ¿Pues qué rey habría, que no tomase por muy grande injuria, que por sólo haberse uno ofrecidosele por criado, y él recibídole, hubiese quien le despreciase y persiguiese? ¿Por ventura no es deshonra del rey perseguir a quien le quiere servir, sólo porque entró a vivir con él? ¿No toca esto al rey? ¿No es causa suya? Es, por cierto. Y por eso dijo David (Ps., 73, 22): *Exurge, Deus, judica causam tuam memor esto improperiorum tuorum, quae ab insipiente sunt tota die.* Causa es de Dios, y deshonras son de Dios aquellas que al servidor de Dios se hacen; como es honra de Dios, y causa suya, cuando a sus chiquitos hacemos bien y los honramos (Mt., 25, 40).

Acuérdese, pues, V. R. de la palabra de Dios, que fué hecha sobre el levita Jazihel, confortando al pueblo de Judá, que salía a la guerra; en el cual y por el cual manda Dios que no teman; y la causa es: *Quia «non est vestra pugna, sed Dei»;* ideo *«non eritis vos qui dimicabitis, sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos»* (2 Paral., 20). Y si los que persiguen piensan que no ofenden a Dios en ello, ¿qué se me quita a mí de mi confianza, pues expresamente están amonestados los servidores de Dios (Jn., 16, 2), que han de ser perseguidos de gente [que] *credant se obsequium praestare Deo* en los perseguir? Ellos padecen por Dios, y porque se liegaron a Dios, y la persecución es contra Dios. Si los perseguidores otra cosa piensan, quizá disminuyen algo su culpa, mas no nuestra corona; y si ellos, engañados, piensan que sirven a Dios, nosotros, desengañados, perseveremos en servir a Dios.

6. ¿Qué se le da, Padre, de pareceres de hombres ciegos, pues está él certificado ser de Dios la doctrina que predica, y ser bueno el modo con que la predica, según por el fruto parece? *Noli esse humilis in sapientia tua, ait Scriptura* (Eccli., 13, 11). Ose despre-

cial los vanos ídolos, con conocimiento y amor del verdadero Dios; y hállase tan rico con el tesoro abscondido que Dios le ha manifestado, que no tenga por daño perder cuanto tenía, por lo alcanzar. No estime a Dios en tan poco, que quiera dar poco por (7) Él, pues Dios le estimó a él en tanto, que no quiso dar menos que a Sí por él. Amado fué en cruz, ame en cruz; caro costó a Cristo, y con gemido le parió, y le ganó; no quiera él ofrecer a Dios *sacrificium gratuitum*, pues David no lo quiso hacer. ¡Qué mayor honra, Padre mío, que padecer por Cristo! ¡Verdadera gloria. *felix injuria (ait Augustinus) cui Deus est in causa!* Negocio es éste de amor, y *militiae species est amor*. No son admitidos aquí los cobardes, *immo, secundum praeceptum Domini, excludebantur a praelio*.

¿Qué se queja, Padre, de palabras y estimas de hombres, y juicios de ciegos? *Ecce in coelo est testis tuus, iudex tuus qui te justificat; quis est qui te condemnet? Quia minimum est te ab omni humano die judicari, si tu pro minimo haberes a minimis judicari. Quia omnes, ut vestimentum veterascent, et tinea comedet eos; et ille vere commendatus erit, quem Deus commendat, etiam si omnes reproben. Quare, Pater mi, tam parva movent te*, pues que Magnus magna pertulit pro te, et magna tibi dabit, et hic et in futuro? Numquid usque ad sanguinem restitisti? Numquid sanctius es Apostolo (8), qui ait: Quotidie morior? Numquid narrare poteris persecutiones, contumelias, ictus lapidum, verbera, carceres, quae ille narrat pro Christo pertulisse? Quare, Pater, delicatum agis militem in praelio Domini, habens Dominum cujus faciem possuit Pater ut adamantem et silicem, ut nullis contumeliis, alapis, cedere noscat ab incepto opere? Deponamus ergo omne pondus, et circumstans nos peccatum, et curramus per patientiam ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem et consummatorem fidei, Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem confusione contempta, etc. (9).

7. Y acuértese de su palabra, que non est servus maior Domino suo; y así como le halla verdadero en

(7) Por: falta en LA LECTURA.

(8) Santius es Apostolo: así la edición de 1595, no cita da por LA LECTURA.

(9) El autor arguye intercalando diversos pasajes bíblicos, que acomoda a su asunto.

las persecuciones que le profetiza, así le espere verdadero en los galardones que promete. Cruz le manda llevar, reino eterno le promete; y si es dura palabra *permanere cum illo in tentationibus*, dulcísima es *sedere ad mensam suam cum eo in regno ejus*. ¡Oh Padre!, ¿y por qué hemos de irnos a sentar a aquella mesa de perseguidos, deshonrados, *sectorum, tentatorum, et gladio occisorum*, no habiendo nosotros padecido nada? ¿Qué vergüenza sería parecer predicadores delicados delante aquellos que con tantas persecuciones y derramamiento de sangre lo fueron? Llevemos algo de que gloriarnos; traigamos alguna empresa de amor por nuestro verdadero Amador, para que no sea nuestro amor de sola palabra. Hollemos esta víbora de la tribulación; pasemos adelante aparejándonos a mayores cosas; que *a la medida de lo que padecemos, nos dará Dios los consuelos en el ánima nuestra* (Ps., 93, 19), y el fruto en las ajenas. No se dejan tomar estas truchas sin que se moje el pescador, pues el Señor de todo, aun no quiso ser de esto exento.

8. Ofrezca, Padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que Él la pondrá en cobro, como ha hecho otras: *Scio cui credidi, ait Paulus*, etc. (2 Tim., 1), y no le fué de ello mal. Poco es y momentáneo lo que se padece; y a quien grande parece, es porque él es chico en el amor, y tiene pesos falsos. *Cresce et manducabis; cibus enim est Christus grandium*. Y aunque se dilate su socorro, Él vendrá, y amansará la mar, y reñirá por la poca fe que en el tiempo de la tempestad tuvo su discípulo; que, pues estaba de ello avisado, no se había tanto de turbar; y pues había comido de la mesa del monte Tabor, había de tener esfuerzo para comer de la del monte Calvario; que para eso mantienen al jumento, para echarle la carga; y mientras mayor la refeción, mayor carga espere.

9. *Sed dic, Pater mi*: ¿cuál quiere más, abrazos de Dios con añadidura de pedradas de hombres, o carcer de entrambas cosas? Hayamos vergüenza de quejarnos, pues hemos recibido de Dios de que tanto gozarnos *in re et in spe*. Demostróle su amigo la luz, y luego encerróla en su mano; mas él la tornará a abrir, y la tornará a enseñar con tan grande alegría, que *lapides torrentis dulces tibi sint, et flagellatus gaudeas, quia dignus habitus est pro Jesu contumelias*

pati. Probarlo ha querido nuestro Señor, no dejarle; escondióse la madre tras del paño, y está oyendo llover al niño, que no se halla sin ella: mas ella saldrá, que no se lo sufrirá el corazón, y tomará al niño en los brazos, y darle ha leche, y estará él tan contento, que olvide los trabajos pasados como si no hubieran pasado. Y muchos de los que ahora persiguen, seguirán, según la promesa de Dios: *Venient ad te qui detrahebant tibi* (Is., 60). Y si el que a Dios conoce con amor, tornase atrás por la persecución de ellos, será acusado el día postrero; y ellos serán los que más gravemente le acusen, diciendo: «Si te perseguimos, no teníamos conocimiento; y tú, que lo tenías, fuera razón que no lo dejaras; que si nosotros conociéramos lo que tú, no lo dejáramos por persecución de quien no conocía. Dañaste a ti y a nos, porque a perseverar en la virtud, viniéramos en conocimiento de ella.» Y por eso, Padre mío, débese esforzar en el Señor, y creer de muy cierto que si persevera, *et per Christum abundat tribulatio tua, ita per ipsum abundabit consolatio tua* (2 Cor., 1), y que le pagará el Señor con ganancia de ánimas lo que pierde en esotras cosas en los ojos de los mundanos.

10. Muy bien me parece la ida a alguna parte donde vacase a sí sólo algún día. Y en lo de la Escritura sagrada le digo, que la da nuestro Señor a trueco de buena vida y persecuciones (10): *VOBIS, inquit ipse, datum est nosse mysterium regni Dei, caeteris autem in parabolis. Sed qui sunt isti VOBIS? VOBIS, discipulis meis, diligentibus Deum, ut ait glossa, segregatis a mundo, tribulatis pro me, factis peripsema hujus mundi*. Parecíame a mí que en leyendo a San Juan y a San Pablo y a Isaías, que luego habían de saber la Escritura; y veo a muchos leerlos, y no saben nada de ella. Y así veo que, *si aperit ille qui habet clavem doctorum, nullo alio reserante, Scripturae pandentur, ut Hieronymus ait*. Yo no sé más que decirle sino que lea a éstos; y cuando no los entendiere, vea algún intérprete santo sobre ellos; y especialmente lea a San Agustín *Contra pelagianos*, y contra otros de aquella secta; y tome un crucifijo delante, y Aquél

(10) Por haber sido perseguido en la Inquisición dió el Señor al M. Avila aquel extraordinario conocimiento del misterio de Cristo. Así se lo oyó decir Fr. Luis de Granada. (Vida, Part. 2, párrafo VI.)

entienda en todo, porque él es el todo, y todo predica a éste: ore, medite y estudie.

Acuérdese V. R. del ciego que el Señor sanó *con todo* (Jn., 9, 6); que después, cuando decían si era él el que primero era ciego y mendigaba, y otros decían que no era él, respondió, no tomando la honra falsa, mas confesando su enfermedad y pobreza pasada, y dijo: *Yo era aquel pobre ciego, y ahora veo*. No habemos de haber por malo que nos digan quién fuimos; porque a gloria de Cristo pertenece esta confesión de nuestra enfermedad, y a grande provecho nuestro; porque ya aquí se celebra nuestro juicio, y así escapamos del de allá; y no se canse en tornar por sí, ni dar muchas disculpas de su inocencia: *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis* (Ex., 14, 14).

3.—A UN PREDICADOR.

Qué frecuencia de comunión se debe aconsejar y cuál reprimir (1).

CHARISSIME :

1. La continua falta de mi salud me hace faltar a vuestra merced en escribirle, aunque me hace nuestro Señor merced de darme algún suspiro y oración, que por el bien de vuestra merced yo le presente (2), suplicándole cumpla Él sin mí y por mí lo que yo le debo y deseo.

En lo que vuestra merced pregunta de la frecuencia de comuniones que en esa ciudad hay, me parece que ninguno debe poner tasa absolutamente en la comida de este celestial Pan; pues mirándolo así, es bien, y gran bien, tomarlo cada día, si hay cada día aparejo para lo recibir. Todo el negocio ha de ser ver no haya engaño en el aparejo, pensando que lo hay donde no lo hay.

2. Y cierto, se engaña alguna gente de la devota, en ello, así como los que solamente son movidos a lo hacer porque su amigo o vecino o igual lo hace; y algunas de estas personas se afrentan por ser tenidas

(1) Ahora debemos aconsejar la frecuencia aconsejada por la Santa Iglesia.

(2) *Presente*; LA LECTURA, *presenté*.

por menos santas de los confesores, si ven que dan licencia a la compañera que comulgue, y a ella no. A éstos no los llama Dios a su mesa; su liviandad los lleva, y lo que habían de imitar para tener igual llamamiento divino, quererlo (3) imitar con igualdad de carne. Y claro es que, aunque una persona sea menos buena que otra, puede la menos buena tener alguna causa justa de comulgar alguna vez y más a menudo que la otra más buena, por haber mayor necesidad, o por estar alguna temporada con más aparejo, o por otras particulares causas que no concurren en la más buena. Así que, este error se debe mucho reprehender, que cierto, es dañoso y usado, ir al celestial convite sin llevar llamamiento del Señor de él.

Verdad es que aprovecha, y no poco, ver comulgar a otros, y uno de los provechos es gana de imitar tan santa obra; mas han de entender que han de imitar el aparejo, si quieren imitar la obra. Así como si uno se va a soledad, o vive vida en virginidad, o es predicador, o cosa semejante, no es bien, porque aquél lo hizo, hacerlo yo, sin mirar que llevó a aquél espíritu bueno, y me lleva a mí espíritu humano. Quiso Dios servir de aquél por allí, y no de mí; y así acá, quiere el Señor que uno llegue a su celestial mesa más veces que otro, y por esto no ha de ser regla lo que unos hacen para que lo hagan los otros.

3. Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre que tienen, que en otra cosa. Y si a esto se junta que echan alguna lagrimilla al tiempo del recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio. Y el engaño de éstos consiste en no mirar al provecho que reciben del comulgar, que es ninguno; o de no saber que la verdadera señal del bien comulgar es el aprovechamiento del ánima; y si éste hay, es bien frecuentarlo; y pues no lo tienen, no lo frecuenten. Vienen éstos a un mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es, recibir al Señor, y no sentir provecho de venida de Huésped tan bueno, y que ordena esta venida para bien de la posada; y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa

(3) *Quererlo*: así la edición de 1595; la de 1578, *que-riendo*.

muy peligrosa, y que mucho se debe huir; con condición que se mire que algunos, aunque no parece que crecen, sacan este bien de la comunión, que no tornan atrás, teniendo experiencia que si no lo frecuentan caen en cosas que no caen cuando lo frecuentan; a éstos bien les está hacerlo con frecuencia, pues se sigue provecho de evitar caídas con la frecuencia del comulgar.

Mas hay otros que ni van adelante ni evitan males, sino con una vida como de molde, no habiendo más ni menos, así como así. A éstos se les debe predicar cuán terrible cosa es meter el fuego divino en el seno, y no calentarse; el celestial panal, y no sentir su dulzura; y tan eficacísima medicina, y quedarse tan enfermos; y débeseles quitar el manjar, como a gente ociosa, para que lastimados con verse apartados de bien tan grande, aprendan a estimarlo en algo, y pasen algún trabajo para ir mejor aparejados, castigando con rigor las faltas en que caen, deseando con ardor el remedio de ellas, orando y haciendo el bien que pudieren, para que así vayan al Pan celestial con hambre interior; porque, como San Agustín dice: *Panis hic interioris hominis esuriem desiderat.*

4. Aunque algunos hay que tan mal se saben aprovechar de quitarles la comunión, que no por eso se aparejan mejor, sino paréceles que es aparejo el ir más de tarde en tarde que solían; lo cual no es aparejo, como San Jerónimo dice muy bien: que de esa manera, mientras más tarde fuesen, mejor aparejo llevarían; como lo dicen y hacen los que, por desamor y pereza y gana de estarse en sus pecados, dilatan la comunión para una vez en el año, pareciéndoles que, por ir tarde, van con más reverencia que si fueran más veces, aunque llevaran menos pecados y mejor aparejo. Lllaman reverencia a un temblor de esclavos, y turbación que de la gran pesadumbre de pecados llevan, y aun gana de huir de la comunicación del Señor, si no fuera por miedo del mandamiento de la Iglesia. Quien dilata la comunión halo de hacer por algún día o días; para en aquéllos andar aparejándose con diligencia, y castigando sus caídas, y procurando todo bien, para que así vaya con alguna mejoría al Señor todo bueno; que el solo pasar el tiempo no mejora a nadie.

5. Viniendo a lo particular que vuestra merced es-

cribe, de la mucha gente del estado de casados que en esa ciudad comulga cada día, digo que me engendra sospecha no ser Dios agradado de ello, por decir que son muchos los que lo hacen. Porque como este negocio de comulgar cada día pida muy grande aparejo, y tanto, que los teólogos, como vuestra merced sabe, especialmente Santo Tomás y San Buenaventura, hablan de ello más como de cosa posible que de *in esse* (4), y esta dificultad de aparejo crece en el estado del matrimonio, así por los continuos cuidados que distraen el ánimo, como por el uso conyugal, que en gran manera le embota; no entiendo que en muchos haya tan grande santidad, que en tan grandes impedimentos haga aparejo cual quiere Dios, para que cada día le reciban. Tengo creído que éstos no sólo no saben qué es comulgar, mas ni aun qué es orar; porque el Apóstol *aconseja* que para orar se aparten los casados, teniendo por impedimento de ello el usar el conyugal ajuntamiento; y cuando teme que hay peligro de la parte de la carne, dice, que *revertantur in idipsum* (1 Cor., 7, 5). Y conozco yo casados, que él y ella se dieron a la oración, y como fueron entrando en ella, entendieron que no venían bien uso de matrimonio, y familiar plática y comunicación con Dios; y movidos y enseñados con esta experiencia, apartaron la comunicación de la carne, por tenerla con el Señor, que es espíritu; y ya ha (5) tres años que viven así. Lo cual concuerda asaz bien con el dicho de San Pablo; porque el espíritu que le hizo a él hablar aquello, hizo a éstos hacer estotro. Pues si es doctrina de Dios no venir bien uso de carne con uso de oración, ¿cómo le parecerá bien que se junten en uno cuidados que impiden la oración y carne que impide la elevación del espíritu, y lo embota para recibir al Señor, que quiere ser recibido, con sentido que *dijudicet corpus Domini* (1 Cor., 11), y lo discierna de todo lo que no es Él, y esté pronto para conocerle en la habla, como San Juan, y en la *fracción* (6) *del pan*, como los dos discípulos? (Lc., 24.) Si me dijeran que algún casado o casada hacían esto cada día, aun me maravillara, mas no mucho; mas

(4) De *in esse*; así la edición de 1595.

(5) *Ha*: así la edición de 1595.

(6) *La fracción*: así la edición de 1595; la de 1578, *frangimiento*,

que muchas, no alcanza mi fe a creer que el Señor es de ello contento.

6. Ni me mueve para aprobarlo, lo que en la Iglesia primitiva se hacía, pues los casados de entonces eran tan sin cuidados temporales, tan devotos y llenos del Espíritu Santo que con mucha abundancia en ellos se derramó, que no tienen los de ahora, por la mayor parte, que defenderse con la sombra de aquéllos en el comulgar cada día, pues no los imitan en la vida. Y pues, de los Decretos que entonces se hacían, se ve que pedían mucha limpieza en la carne a los casados para comulgar, y el dicho de San Pablo, ya alegado, no era tenido en poco, alguna moderación debía de haber en el comulgar cada día, en lo que toca a los casados en general (7).

7. Ni me mueve autoridad de hombre devoto, que ahora aconseje a todos los que confiesa o van a él, que hagan lo mismo; porque pienso que dice de la feria como le va en ella, y no mira a muchas partes que en esto hay que mirar. Y aunque parezca esto temeridad, juzgar sin oír, no valga por juicio, sino por una vehemente sospecha y temor, causado, con mucha razón, de dichos de Escritura sagrada y de Santos, y de muchas experiencias que tengo. Incitar a que vivan de arte que merezcan comulgar cada día, esto sí, San Ambrosio lo aconseja; mas creer que haya muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo, y absténgome de no lo juzgar. De sólo San Apolonio se lee, entre los Padres de los monasterios del Yermo, que hacía comulgar cada día a sus monjes; mas hábalo con monjes, y tales como los había en aquel tiempo, y no con casados de éste; y creo yo sería el cuidado del buen abad tan ferviente por el aprovechamiento de sus monjes, que con su oración y diligencia les haría andar aparejados para la alteza de la obra que les aconsejaba. Ni hay ahora aquellos Padres, ni aquellos discípulos, ni aquel aparejo, ni aquella vida, que llama San Jerónimo «vida de ángeles», y que por oraciones de ellos el mundo se sustentaba. ¡Qué mucho que éstos comulgasen cada día!

8. Júntase a esto (8) lo que toca a terceros, que

(7) La Iglesia permite hoy a los casados la comunión frecuente, y aun diaria.

(8) *A esto; LA LECTURA, a estos.*

es la inquietud causada en los maridos por la tardanza continua de las mujeres en la Iglesia, y los males que acaecen en casa por la ausencia de la señora. Cosas claras son éstas no ser de espíritu bueno, pues contradicen a los mandamientos de Dios, dichos por boca de San Pablo (*Efes.*, 5), que en una parte manda que *obedezcan las mujeres a sus maridos como a Cristo, y les sean sujetas*; y en otra, que *sint domus curam habentes* (*Tit.*, 2); o como el original griego dice, *domus custodes*. Débeles vuestra merced predicar que cumplan con la obligación que a su estado tienen, y que lo que de aquí les sobrare den a su devoción. Y no harán poco si reciben al Señor bien de ocho a ocho días; y esto no todas; y algunas más a menudo, que, como he dicho, no hay una regla para todos.

9. En lo que toca a esa persona, que confiesa sentir provecho de la frecuencia de la comunión y daño de la haber pasado a ocho días, no se rinda vuestra merced luego; pruebe sí, con añadir cuidado, si le va bien con este modo de comulgar; que hay gente que el día que no comulgan no se saben tener en pie, ni hay más devoción ni aliento sino de haber comulgado. Bien lejos estaba esto de aquellos Padres pasados, ejemplo de verdadera santidad, que estaban días y meses sin comulgar, mas no por eso desaprovechados, porque la gran diligencia de aprovechar suplía el favor que de comulgar recibían. Y a este espejo es bien que miremos y hagamos a otros que miren, especialmente a mozas, que les va la vida en tratar sus negocios con Dios a solas sin medio de hombres (9); y si fuesen tales cuales Dios quiere, con pocas comuniones se pasarían, y no alegarían para su andar y hablar: «Siéntome mal sin comulgar cada día.» Niñerías son éstas de gente que pide alfeñique (10), y no son para comer pan de destetados. Trabajen y reventen por poderse pasar con poca plática de hombres; y si lo hacen así, verán, a cabo de poco tiempo, otro fruto en sus ánimas; mas si hay pereza y liviandad, no me aleguen que la falta de la comunión lo hace.

(9) Insiste el Beato en esta idea en AUDI FILIA, capítulo 8, y en otros pasajes.

(10) *Alfeñique*: pasta de azúcar.

10. Lo que me parece que se debe predicar es los grandes bienes que de la frecuencia se reciben; y que ninguno juzgue a otro por comulgar cada día, pues se puede bien hacer; antes se compunja y acuse de flojo e indevoto, pues él no es para hacer bien hecho lo que el otro hace. Y con esto, se avise a los que comulgan de los peligros que hay si bien no lo hacen; y que por no poderse dar una regla para todos, ni para uno en diversos tiempos, se remite el cuándo al juicio del confesor, con que sea prudente y devoto; y que parece ser término razonable para gente medianamente aprovechada comulgar de ocho a ocho días, salvo si no se ofrece algún caso particular en la semana; y que quien más que esto quisiere, que le hable a vuestra merced en particular y le dirá su parecer; y a quien viere claro que hay provecho de ello, concédalo; y esto a pocos; y a los otros quítelo, pidiendo primero lumbre a nuestro Señor para acertar. Y puede ser más largo en esto con personas no casadas que casadas, y con personas de edad que mozas, porque la madurez de seso y reverencia y peso es gran parte para fiarles la frecuencia de la comunión.

11. Ya sabe que San Francisco el de Asís no comulgaba cada día, ni San Francisco de Paula, aun después de viejo, sino de ocho a ocho días. Y con esto, entiendo que a los no tan santos es bien comulgar de ocho a ocho días, y también más a menudo; porque entiendo que la necesidad que la malicia de tiempos, y engaños del demonio, y propia flaqueza causan ahora, pide mayor recurso al remedio y mesa que contra todos los males acá Dios nos dejó; yendo a ello, no como tan santos como aquéllos, mas porque no lo somos; y como más necesitados, vamos al médico más veces para que nos cure.

Y así concluyo, que en púlpito se favorezca mucho la comunión, y se dé un poco de aviso para que no se yerre cuando comulgan muchas veces; de arte que queden los tardíos en ella confundidos, y los que la frecuentan favorecidos, aunque avisados. Y es muy bien tratar esto en particular con los confesores. Y Cristo lo trate con unos y otros por su gran bondad, para que cosa en que tanto va se use mucho, y bien usada.

Mi salud es tal cual he dicho, y parece que el Se-

ñor me la ha dado para hacer esto. Vuestra merced me encomiende a su misericordia, y haga a otros que me encomienden.

4.—A UN PREDICADOR.

Trata que es sobrehumanas fuerzas ser buen ministro de la palabra de Dios, y qué es lo que en ella se ha de buscar; y del miramiento que en no faltar a su aprovechamiento ha de tener; y de la frecuencia de comuniones, y el silencio que han de tener los siervos de Dios.

CHARISSIME :

1. Las señas que vuestra merced me da para que de él me acuerde, no son menester; porque quiso nuestro Señor que tenga tanta memoria de vuestra merced, que después de una vez visto, no le olvidase más. Y cierto, digno es que yo, que soy un gusano, me acuerde de aquel de quien Dios se acuerda para le hacer misericordias, y del que de (1) Dios se acuerda para se las servir. Ruego a la misericordia del Salvador Cristo, que quiera acabar con próspero fin lo que ha comenzado en esa ánima con tan buen principio, para que no sea *sicut luna, quae semper mutatur*, mas *lux quae* (2) *crescit usque ad perfectum diem* (Prov., 4, 18).

2. Piense, Padre, muchas veces en qué negocio le ha puesto nuestro Señor, y verá con cuánta vigilancia lo debe tratar. No tiene Dios negocio que más le importe, que el de las ánimas; y por ellas lo crió todo, y Él mismo se hizo hombre, para, en la carne que tomó, poder comunicarse con los hombres. Gran dignidad es traer oficio en que se ejercitó el mismo Dios, ser vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra. Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas; y por esto dice el Apóstol (2 Cor., 2 y 3) *Quis idoneus?* Ciertamente, no de nosotros; mas *sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros novi Testamenti; non littera, sed spiritu.*

3. Trabajemos, Padre, por morir, antes que demos

(1) *De*: falta en LA LECTURA.

(2) Mas *lux quae*; LA LECTURA, mas *qu[e]*.

maculam in gloriam nostram. Y pidamos al Señor con cuidado que del todo y en todo obre Él y hable en nosotros; porque, nosotros hollados, Él sea el precioso en nuestros ojos y en los de todos. No miremos a otra parte sino a la gloria de Dios; y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros; que quien mira a la propia es semejable al que fuese a decir a una doncella que la quería por mujer el hijo del rey, si ella quería dar consentimiento, y el tal mensajero granjease para sí la que había de ganar para el hijo del rey. Enviados somos que quieran a Cristo, pues que Él las quiere; miremos no nos busquemos a nosotros, que sería extrema traición. Fidelísimo fué Cristo a su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó; en los milagros que hacía y palabras que predicaba, todo decía que le venía del Padre, y que alabasen al Padre; y así los predicadores de Cristo su gloria han de predicar, y a Él referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por Él, como Él lo fué por el Padre. Todas las cosas dijo Josef que le había dado su señor (*Gen.*, 39), mas no la mujer, aunque ella lo convidaba consigo. Y así piense el pregonero de Cristo que todo lo que quisiere le dará Él, salvo la honra y el amor de las ánimas; que esto, Padre, aunque se os ofrezca, no la habéis de tomar; mas holgaros con que amen a Cristo y le honren, y a nosotros que nos aborrezcan y huellen y nos escupan en la cara; para que así ganen ellos y ganemos nosotros; ellos con mirar a Cristo, nosotros con ser despreciados por Él.

4. Muchas veces, Padre, acaece en este oficio ser honrados, y ser despreciados; mas el siervo de Dios, tan sordo debe pasar a lo uno como a lo otro; aunque más se debe alegrar con el desprecio que con la honra, cuanto más le hacen conforme a Cristo, que por buscar la honra del Padre, fué Él deshonorado. Tengamos la conciencia pura y nuestros ojos puestos en Dios, y esperemos su reino; que todo lo que acá se puede ofrecer es ruido que presto se pasa, y ligeramente es vencido de quien vive bien y se esconde en las llagas de Cristo, pues para nuestro refugio están abiertas. Allí hallamos descanso para cuando somos de la prosperidad combatidos y de la adversidad; y ninguna cosa puede turbar a quien allí ha fijado su pensamiento.

5. Dícenme que vuestra merced trabaja mucho: querría que se templase, a lo menos en las confesiones; porque, cierto, somos de *carne*, la cual es *flaca*, aunque el espíritu sea fuerte; y no querría verle como yo estoy de indiscretos trabajos, que a cada sermón me da una calentura. Esto es en cuanto a lo del cuerpo; en lo cual encomiendo que ni sea regalado, ni demasiadamente lo trabaje. Y porque por carta no se puede esto especificar, baste esto.

6. Cuanto a lo del ánima, le encomiendo que de tal manera aproveche a otros, que nunca pierda su oración mental y recogimiento; y en esto mire muy mucho, porque he visto algunos que han dado cuanto tenían, y quedáronse pobres para sí y para otros. Suelen, Padre, decir que «de ello con de ello» (3); y en la limosna temporal dice San Pablo (2 Cor., 8, 13): *Non ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio, sed ex aequalitate*. Más dura y más aprovecha lo que va más poco a poco; y más imprime una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella. No en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el aprovechamiento. Y por eso así hemos de mantener a los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en nuestro altar. No sea, pues, muy continuo demasiadamente en darse a otros, mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto a quien lo ha bien probado.

7. También le aviso que no se dé mucho a confesiones de mujeres, especialmente mozas, que es una muy peligrosa negociación, si no hay muy particular don de Dios que haga la carne como insensible. Y generalmente ponga más los ojos en aprovechamiento de hombres; porque si comienza a mirar a ellas, no le vagará [a] entender en otra cosa, según hacen gastar el tiempo en cosas de poco provecho. Su principal intento querría que fuese predicar, que mucho hará si bien lo hace; y el confesar ni tomarlo del todo, ni dejarlo del todo. Espero en Cristo que Él enseñará el cuándo, y cómo, y a quién.

8. Sabido he que se usa mucho la comunión por allá, y en algunas tierras más de lo que yo querría, aunque no hay cosa que a mí más alegría me dé que

(3) *De ello con de ello*: de lo uno y de lo otro.

este ejercicio cuando es como se debe hacer. Visto he algunos que, siendo flojos en el cuidado del aprovechar, piensan que con comulgar muchas veces, y con sentir un poco de devoción entonces, que dura poco y no deja fruto en el ánima de aprovechamiento, les parece que comulgan bien; y después vienen a perder aun aquella poca devoción, y quedan tales, que no sienten ya más de la comunión que si no comulgasen; lo cual se causó de la frecuentación de este sacrosanto misterio sin haber vida digna de ello. Por tanto, esté sobre aviso, que no todas veces abra la puerta de este sagrado y divino Pan; mas mirando la conciencia de cada uno, así dispensarlo. No querría que hubiese quien más frecuentemente lo tomase que de ocho a ocho días, como San Agustín lo aconseja, salvo si no hubiese alguna tan particular necesidad o particular hambre, que pareciese hacer injuria a tanto deseo quitarle su Deseado. Y a los demás, o de quince a quince días, o de mes a mes se les dé, avisándoles que si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida; que si viven flojamente, no quieran recibir el Pan, que para los que sudan y trabajan en resistir a sus pasiones y en mortificar su voluntad se ordenó. Cierta sentencia es la de San Pablo (2 *Tesal.*, 3)—en el un pan y en el otro—, *que quien no trabaja no coma*; que de otra manera el pan come de balde; y este santísimo Pan, ¿quién sin trabajar y pelear lo tiene en su ánima?

9. Y no olvide, Padre, de encomendar a los que a Dios se allegaren, que obren y callen; no presuman enseñar a otros, antes tiemblen de nombrar al Señor en su boca; y piensen, aunque muy adelante les parezca que están, que no han comenzado. Nunca vi durar mucho en el bien a quien presto lo parla. No hagan caso de revelaciones, ni digan lo que en su corazón sienten, si no es a su confesor, y esto no sin necesidad, sino para pedirle consejo, por no ser del demonio engañados. Escondan las buenas obras lo más que pudieren; si no, acaecerles ha lo que a las florecitas del árbol, que un viento que viene se las lleva, por su ternura. De estas y otras cosas es menester avisar a los que comienzan a servir al Señor, porque no pierdan por imprudencia la merced que el Señor les ha hecho, y lloren después cuando se les haya ido la gracia, la cual no tornará tan presto como se va.

E. camíneles en leer buenos libros, y vuestra merced también lea, y ore y ruegue al Señor por mí.

5.—AL MAESTRO GARCÍA ARIAS, PREDICADOR.

Enseñale en qué se debe ejercitar el día y la noche y cómo se habrá consigo y con los prójimos (1).

MUY REVERENDO PADRE MÍO:

1. Puesto que (2) he sabido que mi carta no ha parecido allá a todos muy bien, no dejara de obedecer la voluntad de vuestra merced, que quiere ser informado de lo que debe hacer, pues con tanta humildad lo demanda que parece que lo debo tomar por mandamiento de Dios; cuyo favor invocando, digo: que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora debe ser en quitar los ojos de la encomienda de la vida ajena, y ponerlos en la suya, y rogar a otros que le ayuden a ello.

2. Y la regla particular que para esto me pide parece que debe ser ésta. Recogerse ha cada noche en tocando a la oración del *Avemaria*, o un poquito antes; e hincando las rodillas, hecha la señal de la cruz, diga el *Confiteor Deo*, y el salmo de *Miserere*; e hiriendo sus pechos, confiese al Señor su propia indignidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la Pasión de su Hijo, que amansó la ira que nuestros pecados merecían. Y luego se sosiegue de rodillas, si lo pudiere sufrir sin daño del cuerpo y sin vagueamiento del pensamiento—el cual suele acaecer cuando el cuerpo está penado—, o sentado en el suelo o en silla.

3. Piense con atención en el paso de su muerte lo más entrañablemente que pudiere, como si en ella estuviese, notando particularmente cómo estará en la cama, la candela en la mano, y todo lo demás que el Señor le diere. Y tras esto, cómo salida el ánima, quedará acá el cuerpo, y será llevado a enterrar; y haga cuenta que oye los cantos y lloros, y todo lo demás que se suele hacer; y cómo echado su cuerpo debajo

(1) Desarrolla esta Carta el mismo tema que la Carta número 8 y el AUDI FILIA, caps. 59-61.

(2) Puesto que: aunque.

de la tierra, será hollado, y quizá de los animales, y podrá ser que anden rodando los huesos y les den con los pies. Y pues esto ha de venir, haga cuenta que ha venido, y dése por muerto a este mundo, volviéndole de verdad las espaldas, y echando de su corazón toda criatura, y todo amor de honra, y todo temor de deshonra; y haga cuenta que ya está en el otro mundo, y viva acá como en una inmutabilidad entre las mudanzas, mirando cómo ya es todo pasado, y él y los que ve están ya olvidados, y todo se ha ya pasado, así como agua que corría con zurrído (3).

4. Y cumplido con el pensamiento del cuerpo, piense cómo su ánima ha de ser juzgada con verdadero juicio; y preséntese delante del tribunal de Cristo, ni más ni menos que se presenta un ladrón delante de un juez, las manos atadas, y los ojos bajos, y con vergüenza en el rostro, porque le tomaron con el hurto en las manos. Piense cómo allí será acusado de demonios y de su propia conciencia; y trabaje por *sentir* esto; que no el *pensar*, mas el *sentimiento* es el fin del pensar. Y entonces debe suplicar al Señor que le haga merced de le descubrir algo de los méritos de su proceso, y darle a entender quién ha sido en la vida pasada, y qué ha hecho contra Dios, y qué ha hecho Dios con él, comenzando desde que fué criado, y qué bienes ha recibido de Dios, y cuán mal le ha respondido a ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano solamente, hace entristecerse un poco; mas cuando viene del espíritu del Señor, es tan lúcido, que ve el hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra, y tiene mucho que hacer en creer que tiene Dios tanta bondad que baste para le sufrir; y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por no ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo, y desea que todas las criaturas vengasen la injuria de su Señor. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano. Y no debe vuestra merced acordarse muy en particular de todos los pecados; basta acordarse de algunos más graves, que humillen mucho al hombre; y en lo demás, mirarse en general como una cosa

(3) *Zurrído*: ruido desapacible.

abominable, a lo menos después de haber algunos días examinándose particularmente. Tras esto debe pensar los infernales tormentos y los del purgatorio, y el día del juicio; y el fin de esto es el sentirlo.

5. Debe también examinar los defectos aquel día hechos, y sentirlos más que los pecados pasados, mirando muy atentamente sus inclinaciones, y pedir luz al Señor para escudriñar este abismo, que sólo Dios le escudriña, y el hombre cuanto Dios le da de lumbré para ver los rincones de él.

6. Esto es en lo que se debe de ocupar desde en anocheciendo hasta dos buenas horas, que sean las ocho u ocho y media; y luego coma un bocado de cosas livianas; porque así ha de ser la cena, que en ninguna manera dé pesadumbre al ánima para entender en la oración. Y querría que sobre la cena no hablase, mas que guardase silencio desde anocheciendo hasta haber dicho Misa otro día. Digo, pues, que después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla, y leer algo que más le incite a devoción que a sutileza de ingenio, y en esto serán ya casi las nueve y media; y entonces aparéjese un poquito para dormir, lo cual ha de ser como lo hacen los otros para morir. Y recogiendo un poco el ánima, y encomendándola en las manos del Señor, duerma pensando cómo le han de tender en la sepultura, o cómo el Señor fué sepultado.

7. Y comenzando a dormir a las diez, dormirá hasta las tres, y entonces levántese y rece Maitines; y éstos acabados, piense, hincadas las rodillas, un paso de la Pasión del Señor, tomando cada día un paso, porque no ande vagueando con el pensamiento, y puede ordenarlos así que el lunes piense la ida al huerto, y oración, y prendimiento; martes, desde allí hasta la columna inclusive; miércoles, la coronación y Ecce Homo; jueves, la sentencia y llevada de la cruz; viernes, la crucifixación y muerte; sábado, la deposición de la cruz y sepultura; domingo, la resurrección, y gloria que tienen los del cielo, figurada en la resurrección de Cristo. En esto estará casi dos horas, y después recline un poquito la cabeza para tomar un poco de sueño, por causa de la cabeza, hasta las seis o seis y media. Y después rece Prima, Tercia y Sexta; y póngase en oración, aparejándose para la Misa, pensando en este profundísimo misterio. Y considerada su propia indignidad, irá a recibir a Aquel mismo cuya Pa-

sión pensó en la madrugada; porque pensando al Señor en la Misa de la forma que lo pensó en su oración, ayúdase mucho lo uno a lo otro. La Misa acabada, recójase media hora a dar gracias y holgarse con el que en sus entrañas tiene, y aprovéchese de Él, no de otra manera que como cuando acá vivía fué recibido de Zaqueo o de Mateo, o de otro que se lea; porque el más quieto tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho, el cual tiempo no se debe gastar en otra cosa, si extrema necesidad a otra cosa no nos constriñese.

8. Tras este ratico estudie hasta comer, que serán un par de horas; y el estudio será comenzar a pasar el Nuevo Testamento, y si fuese posible, querría que lo tomase de memoria. El estudiar será, alzando el corazón al Señor, leer el texto, sin otra glosa, si no fuere cuando algo dudare, que entonces puede mirar a Crisóstomo o a Nicolao (4), o a otro que le parezca que declara la letra no más: y no se meta sino en saber el sentido propio que el Señor quiso allí entender, que por ahora no es menester leer más.

9. Después de comer huelgue un poco el pensamiento; que aunque parece que cuando pican la piedra del molino no se hace nada, mas mucho se hace en aparejarla para más moler. Y si su cabeza ha menester un poco de sueño tómelo enhorabuena; y después rece Nona, y Vísperas y Completas, y gaste la tarde en provecho de sus prójimos de esta manera: que sepa qué enfermos hay peligrosos para morir, y váyalos a visitar y animar, y trabaje por hallarse a la muerte de ellos, porque ganará mucho, él y aprovechará mucho a ellos; y otras vaya al hospital, y consuele a los enfermos; otra vez, si supiere que algunos están en discordia, que cree podrá aprovecharles, hableles, y querría que ordinariamente leyese (5), habiendo algunos mancebos bien inclinados, cada tarde alguna cosa de buenas costumbres, así como Tulio (6), o *Éticas* de Aristóteles, o algo de Platón, o cosas semejantes. sin meterse en misterio de cosa de cristianidad, porque de aquéllos ha de tenerse aún por insuficiente aun para ser discípulo. Y en esto se pasará la tarde, y sucederá la orden ya dicha.

(4) Nicolás de Lira.

(5) *Leyese*: explicase, diese clase.

(6) *Tulio*: Marco Tulio Cicerón.

10. Resta avisarle de algunas cosas acerca de lo dicho: que cuando pensare la Pasión no se vaya el pensamiento muy lejos de sí a los lugares do acaeció lo que piensa; mas todo lo piense como si dentro de sí mismo o cerca de sí acaeciese. Y no trabaje por llorar ni sentir pena, sino lo más sosegadamente que pudiere. Imagine, no con demasiada fuerza, el paso que quiere, y párese a mirar *simplemente* lo que el Señor pasaba, como si presente estuviera. Digo *simplemente*, porque no ha de curar de razones, ni de mucho discurrir de pensamientos; mas con una vista sosegada, a modo de inteligencia, mire al Señor, y las más veces sus pies, y considerarlo cómo estaba, esperando lo que el Señor allí le diere; porque lo principal de este negocio es recibir los movimientos e influencias del Señor, y antes que éstas vengan *est vanum ante lucem surgere* (Ps., 126), aunque se debe hacer lo que en nosotros es. Y lo que entonces le fuere dado, ahora sea compasión, ahora sea amor, o temor, o dolor de pecados, o edificación de costumbres, o lágrimas, tómelo sin desechar nada; y si ninguna cosa le dieran, no se altere; mas renunciándose en las manos del Señor, tenga por muy gran merced haber su Majestad consentido delante de su presencia un tan hediondo leproso como él es; y con esto se consuele.

Item, si pensando en algunas cosas de las dichas sintiere que el ánima se deleita de dejar aquello y pensar otro, debe seguir lo que el ánima quiere con libertad, con tal que no sea a cada viento, sino cuando sintiere que es llevada a otra cosa; que si no, estése quedo, aunque no sienta devoción en lo que piensa.

Item, trabaje de, las más veces que pudiere, recogerse dentro de su corazón todo el día, aunque ande en ocupaciones, y traiga a la memoria el paso de la Pasión que aquel día le cabe de pensar; porque los que esto no hacen, hállanse muy indevotos cuando después tornan a la oración. Y por esto decían los santos Padres del Yermo que debía el monje hacer algunas oraciones breves y frecuentes, porque no se apagase la oración.

11. *Item*, porque hay algunos que no pueden entrar en el pensamiento de la Pasión sino tarde y con mucha pena, es bien que sepa, si fuere uno de éstos, que es muy buen remedio comenzar primero a leer algún libro devoto de la Pasión, y leer aquel paso que enton-

ces quisiere pensar; y quédanse en la memoria las circunstancias de aquel paso, y queda la voluntad algo movida. Querría que vuestra merced lo hiciese, y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum* (7), o la primera parte del *Abecedario espiritual*; probándolos verá cuál es mejor.

Item, se debe ejercitar en libros simples, que sean devotos y espirituales, así como *Vitas Patrum* y *Cassianus de Collationibus Patrum*, *Summa de virtutibus et vitiis*, sin el cual no esté; y éstos bastan por ahora. Oiga sermones de persona que le pareciere que mora en ella Dios. y de buena doctrina, y comunique con los tales poco y como discípulo rudísimo, y mire bien lo que le fuere dicho, y óbrelo.

12. Suelen venir en la oración algunas cosas muy vivas para el entendimiento; y otras veces la misma persona que ora se pone allí para predicarlo o enseñarlo, o para saberlo no más. Todo lo cual ha de mortificar vuestra merced enderezando su intención a su propia edificación, y diciendo a su ánima que aquellos ratos los quiere para sí mismo; que no quiere allí aprender cosas para otros; que otro tiempo habrá para ello; y así, en toda simplicidad y humildad busque el provecho de su ánima, sin querer hacer escuela del entendimiento lo que es de la voluntad.

13. Lo que en su corazón pasa con Dios cálelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa; y no diga palabra por la cual le puedan tener en algo; mas con toda disimulación y llaneza conversará con sus prójimos, para que no le sean estorbo para la comunicación del Señor. Isaías (24) dice: *Secretum meum michi*; y dice San Bernardo que lo ha de tener el siervo de Dios escrito en su celda o corazón. Esto está en la Epístola *ad Fratres de Monte Dei*, la cual lea, y si quiere también los *Cantares*. No descubrir su corazón es cosa que le ayudará para mucho sosiego.

14. Diga Misa cada día, aunque no sienta devoción, y confiese a más tardar de tres a tres días con profundo conocimiento de sus males y crédito que son muy más y mayores que él conoce, y con entera fe y devoción en este sacramento por la palabra del Señor: *Quorum remisistis peccata* (Jn., 20); y si Dios le da luz con que se conozca, y fe para esta palabra,

(7) Véase la Carta 1, núm. 5.

serle ha este santísimo sacramento grandísima dulcedumbre y consolación. Si alguna persona le importunare mucho que la confiese, hágalo con aquel aparejo como cuando va a decir Misa; y no querría que fuesen mujeres, ni que fuese a muchos, sino a alguna cosa particular que parezca mandarla Dios.

15. En el predicar debe pensar que no es para ello; y *secundum indulgentiam dico*, y no *secundum imperium* (1 Cor., 7). Los Advientos y Cuaresmas predique de ocho a ocho días poco más o menos, estudiando primero el sermón tres o cuatro días sin congoja, y el día antes del sermón ocuparlo en gustar lo que ha de decir, y no predicar sin estudio, ni sin este día tener recogimiento particular.

16. La exterior conversación sea llana, sin que pueda notar de él devoción exterior, y sin juzgar a nadie, ni llorar las perdiciones de los otros; mas olvidado de las faltas ajenas, y mirando sus bienes, volver los ojos sobre sus propios males, y éstos llorar y remediar.

Esto es lo que se me ha ofrecido por ahora y de prisa; y lo que más se ofreciere escribiré a vuestra merced; y lo que uno y lo otro examine vuestra merced para tomar lo que bien le pareciere, que yo con tal intento lo escribo.

6.—A UN SACERDOTE.

Enséñale cuál será el mejor aparejo y cuál consideración más provechosa para llegarse a celebrar.

MUY REVERENDO PADRE MÍO:

1. Plega a nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada con que sea verdadera, y provechosa a vuestra merced; porque según la pregunta es de mucha importancia también lo será la respuesta si fuese tal como he dicho.

Pregunta vuestra merced qué aparejo será el mejor, o qué consideración más provechosa para celebrar el Santo Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, porque teme no le sea tornado en daño, por falta de aparejo, lo que de sí es tan provechoso.

2. Ya vuestra merced sabe ser diversas las compleciones de los cuerpos, y así ser diversas las inclina-

ciones de las ánimas; y también diversos los dones que reparte Dios; y a unos lleva por unos medios, y a otros por otros; y así no se puede dar regla cierta que a todos cuadre, de qué consideración le sea más provechosa para lo dicho. Esto es cierto; que aquello le será a uno mejor, que nuestro Señor le diere, y con que más le moviere. Y quien tiene noticia (como en estas cosas se puede tener, que ni son de fe, ni hay evidencia) (1) de que su aparejo o consideración es impulso de Dios, no hay que buscar otra, hasta que nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar, dando cuenta a persona que tenga de ello experiencia y prudencia, y asentar en aquello.

Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos a esta o a aquella consideración; y para éstos también es necesario que den parte de su disposición interior, para ver si han menester ser llevados por consideración de amor, o de temor, tristes, o alegres; y conforme a lo que hubieren menester, aplicarles el remedio.

3. Y porque creo, según la relación que de vuestra merced tengo, que la disposición de vuestra merced es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideración que le provoque a fervor de amor con reverencia, que a otras, digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da a entender, que aquel Señor con quien vamos (2) a tratar es Dios y hombre, y la causa por que al altar viene. Ciertó, señor, eficacísimo golpe es para despertar a un hombre considerar de verdad: «¡A Dios voy a consagrar, y a tenerlo en mis manos, y a hablar con Él, y a recibirlo en mi pecho!» Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para, según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pensar: «Al Bien infinito voy a recibir»? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de Aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de alabarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido a aquel Señor que presente tiene? ¿Quién

(1) LA LECTURA cierra el paréntesis diez palabras después.

(2) [Vamos]: el autor dijo *imos*, forma regular, arcaica del verbo *ir*.

no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza a hacer penitencia por el desierto, con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí; ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos, causados de la consideración de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser picdra, como dicen.

4. Así que, señor, ejercítese vuestra merced en esta consideración; haga cuenta que oye aquella voz (*Mt.*, 25, 6): *¡Ecce sponsus venit! ¡Deus vester venit!*; y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor que, por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, reverenciarlo y amarlo como es razón. Importúnele que no permita Él que esté vuestra merced en presencia de tan alta Majestad, sin reverencia, temor y amor.

Acostúmbrese a sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideración no tenga. Mire a los que están delante los reyes, aunque no digan nada; aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la infinita Grandeza, temblando de su pequeñez, y ardiendo en fuego de amor, como abrasados en el horno de él. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entonces otra consideración. Quiero decir, que una cosa es *saber hablar* al Rey, y otra *saber* (aunque callando) *estar delante* del Rey, para estar como debe estar. Y esta unión de su alma con nuestro Señor, es la que debe tener en la Misa, colgado de él, como cuando está en la celda en lo más íntimo de su corazón unido con Dios, y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta unión, porque hallará en ella más fruto que en las palabras; aunque se ha de tener cuenta con ellas, mas hase de acostumbrar, teniendo el corazón unido y presente a Dios, tener la atención que conviene a lo que hace y dice.

5. ¡Oh, señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida, enriquecida en celestiales gracias para tratar a Dios humanado; y coteja los brazos de ella, y sus manos y sus ojos, con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir a ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmutan el corazón, y le hacen desear, que, en acabando la Misa, se fuese el hombre a considerar aquella palabra del Señor (*Jn.*, 13, 12): *Scitis, quid fecerim vobis?* ¡Oh señor!: ¡Quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora!, ¡quién lo gustase con el paladar del ánima!, ¡quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar!, ¡cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo, en acabando la Misa, le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus*, hasta otro día que tornase a decir Misa! Y si alguna vez diere Dios a vuestra merced esta luz, entonces conocerá cuánta confusión y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella; que quien nunca lo ha sentido no sabe la miseria que tiene cuando le falta.

6. Junte vuestra merced a esta consideración de *quién* es el que al altar *viene*, el *por qué viene*, y verá una semejanza del amor de la encarnación del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte, que le renueve lo pasado (3). Y si entrare en lo íntimo del Corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración. Mucho se mueve el ánima considerando: «A Dios tengo aquí»; mas cuando considera que del grande amor que nos tiene—como desposado que no puede estar sin ver y hablar a su esposa ni un solo día—viene a nosotros, querría el hombre que lo siente tener mil corazones para responder a tal amor, y decir como San Agustín: *Do-*

(3) Esta idea fecundísima para la comunión, misa y todo el culto eucarístico, está maravillosamente desarrollada por el autor en los Tratados del Santísimo Sacramento.

mine, quid tibi sum, quia jubes me diligere te? Quid tibi sum, que tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes a éste que sabe muy bien ofenderte, y muy mal servirte! ¡Que no te puedes hallar, Señor, sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que siendo quien eres, pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aquí con tu Real Persona, y te pongas en mis manos, como quien dice: «Yo morí por ti una vez, y vengo a ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si fuese menester, moriré por ti otra vez.»

*¿Qué lanza quedará enhiesta
a tal recuesta de amor?*

¿Quién, Señor, *se absconderá del calor* de tu Corazón, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande, saltan centellas a lo que está cerca? ¡Tal, padre mío, viene el Señor de los cielos a nuestras manos!, ¡y nosotros tales lo tratamos y recibimos!

7. Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, que nos haga otra; pues dádivas tuyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. *Immo*, como San Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pèssimus, quo optimus*. Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos. Y traigamos todo el día este pensamiento: «Al Señor recibí, a su mesa me siento, y mañana estaré con Él»; y con esto huiremos todo mal, y esforcémonos al bien; que lo que se hace fuera del altar suele el Señor galardonar allí.

Y para concluir, digo que se acuerde vuestra merced que se quejó el Señor de Simón (4), porque entrando en su casa no le dió *agua para sus pies*, ni *beso en su faz*, para que sepamos que quiere de la casa do entra, que le den lágrimas por los pecados a los pies de Él, y amor que hace dar beso de paz. Esta dé a vuestra merced nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor; el cual aquí le atormenta por las ofensas que él, y otros,

(4) Simón, leproso (Lc. 7, 44).

hacen al Señor, y en el cielo le haga gozar, teniendo el bien de Dios por propio y más que propio, amando a Él más que a sí mismo. Por cuyo amor pido a vuestra merced que si algo, o mucho, va en esta carta que haya menester enmienda, me la envíe, y por lo bueno de gracias a nuestro Señor; y se acuerde de mí, cuando en el altar estuviere.

7.—PARA UN MANCEBO

Que le pidió consejo si seria sacerdote. Trata algo de lo que se requiere para esta dignidad tan alta.

1. Recibí la carta de vuestra merced, y leí todas las señas que para su concimiento me da. Bien parece que no conoce los corazones, pues piensa que le tengo olvidado; gracias a nuestro Señor que no lo ha permitido; mas hame hecho merced de darme particular memoria de vuestra religiosa persona, y cuidado entrañable de os aprovechar en lo que pudiese.

Vi también la relación de vuestros ejercicios, y vuestros combates de ultramar y de esta parte del mar, sobre que toméis sacerdocio; y paréceme bien que estéis en ello dudoso, temiendo carga tan grande; y mejor me parecería que tan grande y tan santa os pareciese, que del todo huyésedes de ella. Porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie si no era para ser Obispo o tener cura de ánimas, o alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos o subdiáconos, o de los otros grados más bajos. Y entonces tenían grados bajos y vida altísima; todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores u hostiarios.

2. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto a los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia, de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe. Que la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad; y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde más y mayores vientos combaten. ¡Oh, si su-